

V

LA ESPADA DE LESPARE

Por el mismo escalofrío fueron sacudidos bajo la tienda el capitán y el alférez.

— ¡Qué cobardes! murmuró el conde. ¡No sospechan que, autorizando este asesinato, me dan la libertad y me proporcionan el arma que me faltaba!

Enderezóse, y el brillo de su mirada fulguró en la dirección de los enemigos invisibles. Nada subsistía de su reciente angustia. Instantáneamente había vuelto á ser el batallador irónico y decidido, el soberbio Lespare.

— Alférez Enrique, dijo en tono de mando: si no todo ha cambiado en nuestra situación, lo que acabamos de oír la modifica sensiblemente. Llegó la hora de las resoluciones prontas y viriles... ¡Mande entrar al centinela!

No se lo hizo repetir el oficial.

Un instante después, el joven aristócrata que había recibido orden de vigilar á su antiguo jefe, comparecía, ligeramente intimidado, ante el conde.

— ¿Cómo se llama usted, caballero? preguntó este último.

— César de Largavida, mi capitán.

— ¡Nombre bien irónico, hijo mío, porque está usted muerto!

— ¿Yo?.. dijo turbado el joven mosquetero, dando un paso para retirarse.

— Quédese; su muerte está afuera y no aquí... ¿Quiere usted prestarme alguna atención y no interrumpirme?.. El tiempo es precioso... No le haré la ofensa de creer que ha podido usted dudar de su capitán. Va á demostrarle su agradecimiento salvándole la vida, ó, á lo menos, permitiéndole un fin glorioso, ya que el alférez y yo le sabemos destinado al puñal del asesino.

César de Largavida se volvió lívido. Sus ojos se fijaron en Enrique, dirigiéndole una interrogación muda.

— Es muy cierto, dijole éste. ¡Obedezca al capitán, eso será dar gusto al rey... á pesar del rey!

El conde de Lespare sacó sus tablillas y escribía febrilmente.

— Caballero, dijo arrancando la hoja que acababa de escribir y doblándola; quiero darle algunas explicaciones: el desfiladero que llega detrás de esta tienda está en manos de los austriacos. Estamos rodeados de enemigos y, si vuelve usted á ocupar su facción, pierde usted á Francia sin provecho para usted mismo, puesto que, sin que nosotros tengamos nada que ver en ello, le doy mi palabra de honor de que, antes de un cuarto de hora, es usted apuñalado. ¡No replique! Acabamos,

el alferez y yo, de sorprender los proyectos combinados por nuestros enemigos. Yo no huiré, al contrario; ¡tiene usted mi palabra! Pero hace falta un emisario para llevar este pliego al mariscal de Sajonia, pliego que contiene detalles que necesita con toda urgencia. De la decisión de usted depende la suerte del ejército... ¿Quiere ser ese emisario?... ¡Estoy esperando!...

El joven mosquetero se precipitó á las manos del conde y las llevó á sus labios.

— Capitán, dijo, usted no querrá deshonrar á un pobre gentilhomme que no tiene más que su espada. Tengo confianza en usted. ¡Ordene! ¡Obedeceré!

— Gracias, caballero. ¡Si consigue usted llegar hasta el mariscal, y hay que llegar, cueste lo que costare, está hecha su fortuna!... Déjeme su mosquete, pues nada tiene que hacer con él... He aquí el pliego por remitir. Salga de la tienda, salve el talud sin mirar atrás, monte en mi caballo que está atado al otro lado, y pique espuelas hacia el cuartel general.

Levantóse suavemente la cortina de la tienda; el joven mosquetero franqueó en dos saltos la eminencia, y, un momento después, el conde, en acecho, percibió el ruido de los cascos de un caballo lanzado al galope. Lespere lanzó un suspiro de tranquilidad.

— Abracémonos, hijo mío, dijo abriendo los brazos. La victoria no depende sólo de la rapidez de nuestro mensajero; sino también de ese maldito desfiladero, por donde debemos impedir que pasen las tropas austriacas.

Ambos se abrazaron un buen rato. Estaban decididos á hacerse matar, y á morir despacio, si podía ser, haciendo el mayor barullo posible, para atraer refuerzos.

— Salgamos, dijo el conde, poniendo la espada en la mano y dando á Enrique el mosquete del centinela.

Pero detuvo al alferez, en el momento en que éste iba á franquear la puerta practicada en la pared de tela.

— ¡Cuidado!

Acababa de terminar el conciliábulo del oficial inglés y de los dos italianos, porque oyeron á Pertuso decir:

— ¡Tate!... Ya no está el centinela en su puesto. ¿Por dónde ha salido?

Todos, excepto Gonzalvo, dieron la vuelta á la tienda para asegurarse de tan singular desaparición.

— Si había un centinela, observó juiciosamente el oficial de granaderos, es porque habría algo que guardar ó alguno á quien vigilar.

Gonzalvo sabía á qué atenerse respecto de la marcha del centinela. Había visto y hasta oído. Pero guardó para sí lo que había sorprendido, y penetró en la tienda con brusco movimiento. Con gran sorpresa suya, sus ojos, deslumbrados por la claridad de afuera, nada sospechoso pudieron descubrir en la semiobscuridad de lo interior de la tienda. ¡Ésta estaba vacía!

Lo cual merece explicarse.

¿Quién no ha hecho el experimento de destapar una botella por el sólo medio de aplicar una palmada en

el fondo? El tapón es expelido tan espontáneamente que los ojos lo ven saltar aun antes de que los oídos puedan percibir el ruido del taponazo.

Con extraordinaria rapidez, en el mismo segundo en que la mano de Gonzalvo penetraba en la tienda, Luis de Lespare, cogiendo á Enrique por el brazo, había salido por el lado opuesto, por la abertura que acababan de practicar para la fuga. De modo que, sustituyendo la tienda á la botella del experimento de física, los dos oficiales franceses desempeñaron el papel del tapón, y el italiano, el de la palmada. Y en tanto que el conde y el alférez se ocultaban bajo el bosque, Gonzalvo reaparecía afuera y contestaba al inglés:

— No, no hay nadie.

— Es raro, insistió el oficial de granaderos. No me explico ese misterio. Me temo que hayamos tardado demasiado. Pase adelante, señor duque, y sírvase mostrarnos el camino.

La pequeña tropa, precedida por los dos italianos, se puso en marcha hacia la vereda que conducía al bosque de Barry; pero no tenía que ir muy lejos, porque, apenas había dado algunos pasos, cuando una voz sonora la detuvo en seco, y hasta la hizo retroceder.

Allí no había más que dos hombres para cerrarles el paso; pero aquellos dos eran los Lespare. El primero, el más alto, espada en mano; el otro, el pequeño, tranquilamente apoyado en el mosquete.

— ¡No pasarás, hijo de asesino!.. gruñó el conde,

dirigiendo á Gonzalvo una mirada furibunda. ¡Si antes la fatalidad quiso que llegase yo demasiado tarde para impedir el asesinato del pobre Calonne por tu padre, hoy creo que trabajaremos mejor!... ¡No son ustedes más que veintitrés, es decir muy corto número para forzar un pasaje guardado por dos mosqueteros!... ¡Ea! ¡señores, si el corazón se lo dicta, á ustedes el honor!

Gonzalvo espumeaba de rabia al observar la indecisión de los granaderos ingleses á quienes producía respeto la formidable fama del capitán.

— ¿Titubeáis? gritó. ¿Vais á quedaros en jaque ante un solo hombre, pues el otro no es más que un niño?... ¡Adelante! ¡demonio! ¡y nada de cuartel! Debemos pasar, y pasaremos. ¡Fuego! ¡por todos los diablos! ¡fuego!

Los granaderos, así mandados, hicieron fuego, pero apuntando tan mal, que no hicieron sino levantar gran humareda.

Los dos franceses no se movieron, y habían quedado desdeñosamente apoyados, uno en su espada y otro en el mosquete.

— Tengo el sentimiento de no poderles felicitar, caballeros, dijo Luis de Lespare, soltando la carcajada. Tienen ustedes una torpeza que da grima. Enrique, añadió, volviéndose al alférez, acabas de recibir el bautismo de fuego, hijo mío; eso debe darte mediana idea de los peligros que uno puede correr... Han hecho mucho ruido, que es lo que yo deseaba. ¡Á nosotros nos toca ahora!

Se echaron á fondo contra los ingleses, con la rapidez del rayo, Lespare pinchando y tajando, Enrique dando culatazos á cuanto hallaba á su alcance.

— Pero, ¿en dónde te escondes, bandido? gruñó el conde, que en vano trataba de coger á Gonzalvo.

Los dos italianos se mantenían prudentemente á distancia, pues harto sabían que con aquel hombre había más golpes por recibir que por dar. Se ponían los dos de acuerdo, al abrigo de los altos é ingenuos granaderos del país de Gales, y preparaban una nueva traición, pues la lealtad en el combate no entraba nunca en sus cálculos.

Seis ó siete anglosajones se retorcían ya contra la hierba, en las ansias de la agonía, y continuaba la lucha desigual con señalada ventaja contra el número. Gonzalvo echaba espuma al notar aquel resultado imprevisto por él.

— Hay que acabar, dijo inclinándose al oído de Pietri. Haz qué te acompañen dos granaderos, y ejecuta en seguida mis órdenes.

Luis de Lespare, demasiado ocupado en esgrimir, no se enteró de la desaparición de Pietri Pertuso, que se alejaba, llevando tras sí á dos soldados ingleses. Además tenía mucho que hacer para mantener en respeto la jauría encarnizada contra él. La hoja de su espada acababa de romperse en mil astillas contra la culata de un mosquete, y continuaba cumpliendo sus prodigios, armado únicamente de un corto trozo.

— ¡Á mí, padre! ¡á mí! gritó de pronto la voz ahogada de Enrique.

Cumpliendo su misión con inaudita fortuna, Pietri había dado la vuelta á la posición de los dos mosqueteros. Había llegado detrás de ellos, sin que éstos sospechasen su presencia. Luego, se echó sobre Enrique, aprisionándole el brazo é impidiéndole defenderse. En menos tiempo del que se necesita para describirlo, el joven alférez fué atado, amordazado, y luego llevado por los dos sajones de Pietri.

Á la llamada de Enrique, respondió Luis de Lespare:

— ¡Ira de Dios! ¡no temas, hijo, voy á ti!

Y para librarse de los más encarnizados, porrazo á porrazo, con el pomo de su espada, aplastó dos cabezas de granaderos. Entonces se volvió. Detrás de él ya no había nadie. Á su vez, iba á llamar al alférez, para saber en qué dirección debía llevar su auxilio. Mas no tuvo tiempo, y lo que salió de su garganta fué un grito de agonía.

Aprovechando aquel instante de inatención, Gonzalvo de Torino se había lanzado hacia el capitán y le hundió, hasta el puño, su estilete entre los hombros.

— ¡Ah! demonio, balbució el conde dando media vuelta para ver á su asesino. ¡Eres muy digno hijo de tu padre! Cobarde y feroz como él, devolviendo mal por bien... ¡Mas no te regocijes demasiado pronto ¡maldito! porque, vivo ó muerto, Lespare puede siempre vengarse!

Un poco de espuma sangrienta le subió á los labios; agitó las manos en el aire, y cayó de cara al suelo, en el césped, que amortiguó su caída.

— ¡Era un valiente! dijo el oficial inglés, descu-

briéndose. Á no ser por su estilete, señor de Torino, hubiéramos quedado aquí. Además, el estilete no es arma inglesa, es decir, arma leal.

Gonzalvo le dirigió una odiosa mirada.

— Mande levantar sus muertos y heridos, dijo. ¡Eh! pero, ¿qué nos viene ahí?

Acababa de poner la mano sobre los ojos, á modo de visera, para tratar de distinguir lo que venía por su lado, entre una nube de polvo.

— ¿No son esos los dragones de Conti? preguntó el oficial.

— ¡Sí son!... ¡y Royal-Artois!

— ¡Y también los mosqueteros!

— ¡Demonio! Ahora nos han cortado la retirada. Nuestros disparos han debido de dar la alarma... Mande esconderse á los granaderos que quedan válidos. Tal vez esas gentes no hagan más que pasar... y en ese caso, volveremos.

Los anglosajones no aguardaron esa recomendación para desaparecer, y Gonzalvo de Torino, que se había quedado algo atrás, se disponía á seguirlos, cuando se vió detenido por una mano poderosa, en tanto que una voz meridional le gritaba al oído izquierdo:

— ¿Á dónde diablos corre usted con tanta prisa, mi buen señor de Italia?

— ¡Eh! ¡mi noble amigo, susurró á su otro oído, una voz aflautada, este caballero buscaba nuestra compañía, y aquí nos tiene!

Como se había adivinado, eran los dos veteranos Jarnac y Chaminade, que habían venido acertando

para llegar al campamento de los mosqueteros, que acababa de señalarse como amenazado.

Gonzalvo de Torino se soltó dando un salto atrás y fué á tropezar contra Pietri Pertuso, su fiel cómplice, que volvía de la expedición que le hemos visto efectuar. Pietri no se alimentaba de heroísmo. Si á veces ejecutaba hazañas peligrosas, hacíalas siempre temblando.

— ¡Estamos perdidos! dijo á media voz. Detrás de los dos espadachines llega toda la casa militar del rey. Sería superfluo intentar huir.

— ¿Perdidos? exclamó en el mismo tono Gonzalvo, encogiéndose de hombros. Sin embargo, bien sabes que las situaciones más desesperadas se han vuelto luego ventajosamente para nosotros... Dime, ¿está en sitio seguro el lobezno?

— Sí, y en la imposibilidad de escapársenos.

— En ese caso, no tiembles, porque estamos salvados... Déjame obrar.

Y volviéndose hacia los dos esgrimidores, que le vigilaban de reojo sin entender nada de la conversación, pues habían hablado en italiano, exclamó, tratando de darles la mano:

— ¡Ah!.. se puede jurar que han llegado ustedes oportunamente. Su llegada ha hecho huir á los enemigos, ante cuyo número íbamos á sucumbir. Gracias; más tarde podrán vanagloriarse de haber visto pelear á los salvadores de Francia, y atestiguar, si es necesario, nuestro hecho de armas.

— ¡Cuernos de Satán!

— ¡Sangre de Venus!

Asombrados los dos maestros, sin comprender nada de aquel cambio, no hallaron más que ese doble juramento para acentuar su estupefacción.

Por otra parte, no tuvieron tiempo de pedir más amplias explicaciones. El terreno de maniobras afectó al acantonamiento se iba llenando de ruido, y el polvo levantado por una numerosa tropa montada, los envolvía como en una nube. Royal-Artois, la caballería de Conti y los mosqueteros negros acababan de llegar á galope y habían hecho alto, formando ahora en torno de ellos un ancho círculo de acero brillante y de galones.

El pobre Pietri no sentía ningún contento al verse en tan noble compañía. No estaba para muchas, como se dice vulgarmente, y empezó á estremecerse de nuevo.

VI

EL HÉROE DE LA JORNADA

El joven mosquetero César de Largavida había cumplido con diligencia y probidad la misión á él confiada por el conde de Lespare. No sin grandes dificultades y sin perder bastante tiempo en marchas y contra marchas á través del campo de batalla, llegó á acercarse al carricoche de mimbre en cuyos cojines dirigía Mauricio de Sajonia las operaciones, casi moribundo.

En el momento en que César llegaba, entregó su misiva al comandante de la armada real, casi entre los mosquetes ingleses. Con movimiento lento, pues ya se le habían agotado las fuerzas y sólo el alma sobrevivía á su envoltura mortal, el viejo mariscal desdobló el papel. Recorriólo con una mirada y sus ojos lanzaron cierto resplandor. El papel sólo contenía estas cortas líneas:

« Mariscal, los austriacos del viejo Koenigsek, tratan de apoderarse, cerca del campamento de los mos-

queteros negros, de un desfiladero importante que, con objeto de avanzar, se ha descuidado guardar. Este desfiladero es una llave cuya posesión permite á los aliados derrotar al ejército real. Yo lo defendiendo y no consentiré en morir antes de que lleguen los refuerzos que usted se servirá enviar... Antes de esto, mande que se dirijan tropas francas y cañones contra el flanco de la columna infernal de los ingleses. ¡ Sólo á ese precio se obtendrá la victoria! »

Como profundo estratégico que era, el mariscal comprendió de seguida el inmenso valor de aquellos consejos anónimos — como el conde estaba prisionero y mal en la corte, no se había atrevido á firmar. — Después dió órdenes para que se ejecutara la maniobra aconsejada é, inclinándose hacia César de Larga-vida, le preguntó :

— ¿Quién te envía?

— Un héroe, mariscal.

— ¿Su nombre?

El joven mosquetero abrió la boca; pero, de sus labios no salió palabra alguna. Una bala austriaca acababa de atravesarle el pecho, y permanecía en pie, recostado contra el vehículo del mariscal. Había muerto frente al enemigo, con muerte gloriosa, como se lo había predicho el conde de Lespare.

— ¡Pobre muchacho! murmuró el mariscal, y llamando á un estafeta de cazadores de Brancas, le entregó una orden para lanzar la casa militar del rey al auxilio del desfiladero indicado.

Luis XV, rodeado de sus caballeros, se acercó á la tienda abandonada por el capitán teniente de mosqueteros. Miraba la vereda que se internaba en el bosque y á cuya entrada se había efectuado la lucha homérica de los dos Lespare contra veintitrés enemigos.

— ¿No es éste el camino de que tratan de apoderarse los austriacos? preguntó.

— En efecto, sire, replicó el marqués de Gherlor. Un bienhechor desconocido ha indicado á tiempo el peligro al mariscal, y éste, por un cazador de Brancas, nos ha enviado una orden á Artois, Conti y á mí, para que vengamos aquí á cortar la comunicación.

— Esta hierba parece haber sido pisoteada y presenta huellas de una lucha reciente. ¿No están teñidas de sangre esas hojas?

— Es verdad. Creo que hemos llegado tarde. Alguien mejor informado que nosotros y más rápidamente, ha debido encargarse de la tarea... Pero ¿quién?

— ¿Quién? repitió el rey.

El señor de Brionne mandó echar pie á tierra á un pelotón de dragones de Conti, y se puso á su cabeza para registrar el bosque que se extendía detrás del espacio ocupado por el acantonamiento.

Los profesores El Quite, Pincha-el-As, Brizna de Amor y Fiera Bras no esperaron esa orden para lanzarse ellos mismos de exploración. En aquel momento, la atención general se distrajo de su objeto por la llegada del duque de Rohán, que venía á galope tendido, á parar ante el rey su caballo cubierto de polvo y espuma.

— ¡Sire, dijo inclinándose, Vuestra Majestad ha salido victorioso! El mariscal de Sajonia, demasiado agotado para venir él mismo, me encarga traerle este boletín de victoria. Un aviso anónimo ha decidido la suerte de esta jornada. Gracias á ese aviso, la nobleza y los regimientos reales de Vuestra Majestad han podido derrotar á la columna infernal. El mariscal me ha encargado añadir que cree que tan feliz resultado se debe únicamente á la valerosa táctica de un héroe, cuyo nombre ignora, y que ha impedido la unión de las tropas de Cumberland con las del viejo Koenigsek.

— El señor mariscal es demasiado modesto, replicó el rey. Sabemos lo que debemos á su genio y á su constante temeridad. También á ustedes, señores, á ustedes todos, cuya conducta es digna de elogio, les damos las gracias. Pero hay un heroísmo obscuro que quisiéramos poder recompensar. Por desgracia, ese se esconde, pareciendo tenernos rencor.

Aunque nadie osara pronunciar su nombre, todos los oyentes comprendieron al instante hacia quien iba encaminado el pensamiento del rey. Según los propios términos del mariscal Mauricio de Sajonia, quizás Fontenoy no hubiera sido victoria francesa, á no ser por el intrépido desconocido que había cerrado el desfiladero y se había opuesto al paso de las tropas austriacas.

Y gran parte del éxito, sino todo, era debido á aquella enérgica intervención. Á no ser por él, la realeza hubiera podido sufrir un jaque que hubiese provocado gran modificación de fronteras.

Reinaba gran silencio.

Todos tenían en la punta de la lengua aquel nombre que nadie se atrevía á pronunciar. Respetábase la meditación del rey.

De pronto, en medio de aquel silencio, oyéronse dos voces detrás de la tienda que continuaba alzando en aquel lugar sus mudas paredes de tela. La primera decía, con marcado acento meridional:

— Querido Chaminade, para ser capaz de tal hazaña, no hay más que uno, que nosotros conocemos.

Y la segunda voz decía:

— ¡Ah sí! ¡uno sólo, no hay duda!

— Di su nombre.

— Dilo tú primero.

— Pues bien; es el capitán...

— ¡Luis de Lespare!...

Todas las frentes se inclinaron. Temíase ver que la cólera del rey castigara á aquellos audaces. Pero el trueno temido fué reemplazado por un arco iris representado por una sonrisa de Luis XV.

— ¡Gracias á Dios, muchachos!.. Han sido ustedes los únicos que se hayan atrevido á expresar su pensamiento. Que avisen al señor de Lespare que queremos felicitarle Nos mismo.

Todos aquellos caballeros de corte, que momentos antes temieran mostrar la admiración que les producía el conde, se precipitaron hacia su tienda, que fué invadida en un momento. ¡Estaba vacía!

Ese misterio no iba á tardar en aclararse, pues el señor de Brionne volvía, precediendo á los dragones

enviados de reconocimiento. De dos en dos, seguíanle sus hombres, transportando los cuerpos inanimados de siete granaderos sajones, que habían encontrado escondidos entre las hierbas. Detrás, venían los cuatro maestros de armas. Éstos no traían más que un solo cuerpo, revestido con el uniforme de capitán teniente de los mosqueteros negros. El marqués de Gherlor y el vizconde de Courten-Málo habían montado á la escarpa; el joven bretón tenía una vista de primera. Fué, pues, el primero en reconocer lo que traía el fúnebre cortejo. Su pecho lanzó un sollozo reprimido.

— Sire, dijo, acercándose al rey: ¡el señor de Lespare está muerto!..

— ¡Muerto!.. repitieron cien voces oprimidas.

— ¡Ah! ¡ira de Dios! ¡muerto! ¡él!.. gruñó Jarnac, con los ojos llenos de lágrimas.

Chaminade se dió puñetazos en los suyos para repeler las que sentía desbordarse; y no tuvo fuerzas para expresar lo que sentía.

Acababan de depositar en el suelo los cadáveres de los siete granaderos sajones. Sus cuerpos rígidos parecían formar una línea de centinelas impasibles ante la levantada puerta de la tienda, en cuya cama habían sido colocados los restos de Lespare. Luis XV se había descubierto.

— ¡Fuera sombreros, señores!.. dijo gravemente. ¡Este hombre era un héroe!.. — Y volviéndose hacia Gherlor, añadió: — Marqués, usted irá de Nuestra parte á dar á la señora condesa Nuestro más sentido pésame, por haber perdido, en la persona de este valiente soldado, á un servidor tan fiel...

Fué interrumpido por una voz que se atrevió á decir á su lado:

— Permítame hacerle observar, sire, que el señor de Lespare no era ni fiel ni valiente. Era un traidor, y yo soy quien he administrado justicia impidiéndole pasar é ir á prevenir el general Koenigsek.

Gonzalvo de Torino había vuelto á venir detrás de los dragones de Conti, y así se jugaba el todo por el todo, lanzando su terrible acusación.

— ¡Miserable! rugió Jarnac, pronto á saltar.

— ¡Calla!.. le aconsejó el prudente Chaminade. ¡Espera!..

Todos los aristócratas tenían la garganta oprimida. El rey permanecía perplejo. Al fin, dijo:

— Explíquese, caballero. Y díganos, ante todo, quién es usted.

Muy tranquilamente, contestó el italiano:

— Soy el que ha mandado un aviso importante al señor mariscal de Sajonia. Llegado á este lugar en el preciso momento en que el señor de Lespare agujereaba el fondo de su tienda y se unía á unos granaderos ingleses, por los cuales contaba hacer iluminar á las tropas austriacas, yo, mi intendente y algunos compañeros, nos hemos opuesto por fuerza á su paso. Unos han muerto, aquí están; los otros se han dado á la fuga.

Como se ve, Gonzalvo se servía audazmente de lo poco que había sorprendido de la última entrevista del capitán con el centinela. Al hacer esto, se exponía muchísimo; pero ya sabemos que la casualidad había

trabajado para él y que nadie podía desmentirle, pues César de Largavida había sido mortalmente herido, sin nombrar al que le había dado el pliego sin firmar.

— ¿Y sus compañeros? ¿En dónde están?.. interrogó el marqués de Gherlor.

— ¡En persecución de los sajones fugitivos!

Ya no se podía dudar de las palabras de aquel hombre que decía llamarse Gonzalvo, duque de Torino, y se proclamaba francés de corazón ya que no de nacimiento.

Santiago de Courten lo miró con sorpresa.

¿Sería, pues, aquél, el duque extranjero á quien tuvo por compañero de camino en Borgoña?

Aquel duque que pretendía ir al castillo de Tanlay y que, recibido en el castillo, se había retirado de él sin siquiera dar gracias á sus propietarios ni darse á conocer. ¿Qué vergonzosa perfidia acababa de elaborarse bajo su frente pálida, contra el capitán, á quien debía la vida?

El gentilhombre bretón no podía saberlo, y, sin embargo, adivinaba la infamia.

Sin apartarse de cierta frialdad, pues le causaban mala impresión los fugitivos ojos del italiano, Luis XV se comprometió á recompensarle en proporción á la importancia de su servicio y le autorizó á venir á verle á París, al Louvre. Luego, antes de marcharse, volvió hacia la puerta levantada de la tienda, y se le oyó murmurar, mirando la cama de campaña en que yacía Luis de Lespare:

— ¿Por qué me ha traicionado el conde?... Sin

embargo, y á pesar de su falta, yo tenía confianza en su lealtad... ¡Yo le creía fiel!... ¿No inspiran nunca los reyes verdadera amistad, sincero cariño?

Con movimiento brusco, sacudió sus melancólicos pensamientos, y ordenó:

— ¡Señores, como el mariscal está demasiado fatigado para venir hasta nosotros, á nosotros nos toca ir hasta él!

— Sire, suplicó el marqués de Gherlor, el conde era para mí más que un hermano. ¿Me permite Vuestra Majestad quedarme junto al cadáver?

— Haga lo que le dicte el corazón.

— Sire, preguntó á su vez Santiago de Courten, vengo á dirigirle la misma súplica que el Sr. de Gherlor.

— ¡Cómo! ¿Cómo!.. exclamó el rey, sin volver la cabeza. ¿Nos vamos á quedar solo?.. Tome para sí la respuesta que hemos dado al señor de Gherlor. Les damos completa libertad para que obren como quieran.

Precedido de los mosqueteros, rodeado de los gentileshombres de su casa, y acompañado por el regimiento de Royal-Artois y por la caballería de Conti, el rey partió al galope.

Los dos italianos se habían eclipsado: no creyeron prudente quedarse junto á su víctima. Estaban muy satisfechos, sobre todo Gonzalvo. ¿No se hallaba en el camino de la fortuna y de los honores?.. Y se prometía aprovecharse de ellos. ¿Qué diferencia entre su situación actual y la de la víspera! Ayer, espías aventureros, no tenían más perspectiva que el estúpido y final adorno de una corbata de cáñamo. Hoy, apoyados

por la protección real, ¡qué porvenir!.. ¡Ya no existía el espía, ahora Gonzalvo era realmente el duque de Torino, el héroe de Fontenoy! Y pensaba apoderarse de la fortuna de Lespare, casándose con su viuda y haciendo desaparecer definitivamente al hijo. Sólo había un punto negro en el horizonte: Jarnac y Chaminade, los dos viejos tiradores; pero esos no eran muy de temer: ¡ya estaban sentenciados!

Durante más de una hora, no se pronunció una sola palabra dentro de la tienda en que el marqués de Gherlor, el vizconde de Courten y los dos maestros de armas velaban el cuerpo de su amigo.

— Señor marqués, dijo al fin Jarnac, rompiendo el respetuoso silencio, á usted es á quien incumbe el triste deber de ir á comunicar su duelo á la señora condesa. Chaminade y yo tenemos una doble misión que cumplir.

— ¡Ah! ¡sí! Llevar á Francia el cuerpo del capitán...

— ¡Y buscar al joven allérez!

— En efecto, exclamó Courten: ¿Cómo se hace que no esté aquí Enrique?

— ¡Puesto que no se le ha encontrado al lado de su padre, lo habrán apresado los austriacos! ¿No te parece, Jerónimo?

— Sí, estoy seguro... ¡Vamos á partir de caza, para volver el hijo á su madre!

El marqués les estrechó la mano con efusión. De tiempo atrás conocía su afecto por todo cuanto llevaba el nombre de Lespare, y aquella larga amistad que

nada pudo atenuarla le llenaba siempre de admiración.

Entre los dos aristócratas y los esgrimidores quedó convenido que el marqués pediría licencia para ir á llevar la triste noticia á la viuda, en tanto que el vizconde, Chaminade y Jarnac harían todo lo imposible para hallar á Enrique. Dinero no les faltaría; puesto que Gherlor les abrió crédito ilimitado.

Ninguno de ellos creía en la fábula inventada por Gonzalvo de Torino. Para todos, el conde había sido asesinado: ¡su sangre clamaba venganza, y ellos juraban ser justicieros!

— Vayan con Lancelot y Justo (en el ejército, Justina Chaminade, vestida de hombre, se llamaba Justo) á encargar un coche á Fontenoy, dijo Gherlor; yo corro á suplicar á Rohán que se sirva reemplazarme á la cabeza de mi compañía.

Salieron, y en aquel campamento desierto, reinó un silencio sepulcral.

Menos de media hora después, los cuatro se volvían á encontrar en el mismo sitio; pero, cuando el vizconde levantó la cortina de la tienda, ahogóse en la garganta un grito de estupor. ¡Ya no estaba allí el cuerpo de Luis de Lespare! Todas las investigaciones que durante tres días se hicieron para encontrarlo fueron inútiles. En el campamento, como tampoco en los pueblos vecinos, nadie pudo darles datos acerca de aquella desaparición fantástica, que interesó á la casa real y al ejército entero, pero que, en medio de todo, no pudo ser explicada.